

El exilio gallego y el discurso de la restauración nacional

Xoán González-Millán enseña literatura española y gallega contemporánea en Hunter College y en la Graduate School y la University Center (CUNY), en donde coordina el Instituto de Estudios Gallegos. Es editor de Anuario de Estudios Literarios Galegos. Sus más recientes publicaciones incluyen Resistencia cultural e diferencia histórica (2000) y O Dicionario enciclopédico de Eladio Rodríguez. A Canonización lexicográfica da literatura galega (2001).

Non sei si son feliz ou desgraciado/nin tampouco si estou ledo ou tristeiro/Soio sei que me sinto un estranxeiro/un home de cotío desterrado/dun remoto país fermoso e triste/que aínda non sei si de verdade existe.

Celso E. Ferreiro

Exilio: experiencia y discurso

El exilio es un fenómeno sociocultural tan poliédrico y multiforme que el estudio individualizado de cada una de las sociedades que ha pasado por esta experiencia siempre aporta aspectos de una novedosa y desafiante singularidad, incluso cuando es comparada con otros colectivos sometidos a similares circunstancias.¹ Sólo hay que pensar en las indiscutibles diferencias entre el exilio catalán, el gallego y el vasco, a pesar de ser los tres el resultado de una misma sublevación militar y del subsiguiente período de represión. Para analizar esta especificidad en el caso gallego se propone aquí el análisis de las complejas relaciones entre la vivencia “experiencial” del exilio, las condiciones de institucionalización sociodiscursiva en este tipo de contextos, las estrategias asociadas a los usos del criterio filológico y el proceso de articulación de un ideario nacional que interviene en su doble condición de objetivo último a conquistar pero también como imaginario fundacional, es decir, como punto de partida y como horizonte enmarcador para los diferentes proyectos emanados de la comunidad exiliada.

Cuando se trata de estudiar el exilio, una experiencia que presenta como tarjeta de presentación la vivencia y el deseo de superación de un “mal histórico,”² la terminología analítica está obligada a hacerse eco de un lenguaje simultáneamente afectivo y reflexivo, en su doble dimensión individual y social. En los editoriales redactados por el polifacético Luis Seoane para *Galicia Emigrante* (1954-1959), una de las publicaciones periódicas más relevantes del exilio gallego, o en muchas de las páginas de la “biblia del galleguismo,” *Sempre en Galiza* (1944) de Castelao, se detecta inmediatamente esta indisoluble aleación de un lenguaje que se alimenta por igual de la reflexión y de la vivencia experiencial. Estos dos títulos son emblemáticos de la dinámica de la mayoría de los textos emanados del exilio, en los que conviven siempre, aunque sometidas a un frágil balance, la necesidad de expresar un estado de ánimo (individual y colectivo) y su proyección en una articulación discursiva que puede presentarse como autobiografía, pero también en forma de crónica, poema, relato, novela, ensayo, artículo de prensa o pieza oratoria.³

Dada la condición proteica de la experiencia del exilio, resulta arriesgado delimitar las características propias del discurso que la configura. Y, sin embargo, su misma dinámica y su visibilidad como una “realidad” sociocultural y política fácilmente identificable animan a aventurar un repertorio mínimo de rasgos:⁴ en primer lugar, y como propiedad más distintiva, se detecta una simultánea dualidad temporal y espacial, un antes y un después, un aquí y un allá, a los que se le asignan valores positivos o negativos; en segundo lugar, interviene casi siempre una concien-

cia nacional (frustrada y condenada al silencio en el país de origen y revivida e intensificada en la sociedad de acogida), que explicaría la especial incidencia de un lenguaje en el que predomina la retórica de un imaginario colectivo y en el que se transmite la vivencia del exilio como una experiencia fundacional, pero pensada igualmente en términos de futuro; se detecta otra simultaneidad: la conciencia de una inevitable huida (real pero también imaginaria) y la de una persistente necesidad del retorno; hay que subrayar, además, el peso que sobre esta experiencia ejerce la intensificación de un imaginario espacial que agranda la distancia entre el “aquí” (del presente) y el “allí” (del pasado y de un futuro deseado pero incierto); y finalmente un horizonte utópico que habla de la mencionada orientación de la praxis del exilio hacia el porvenir, en claro contraste con la experiencia de la emigración que tiende a mitificar un pasado ancestral, traducido generalmente en términos de una edad de oro o de un paraíso perdido.⁵

Además de los rasgos apuntados, que cuentan ya con una extensa bibliografía,⁶ hay que destacar otro aspecto especialmente relevante en la estructuración del discurso del exilio: su propensión a constituir cadenas sociodiscursivas, es decir, a correlacionarse con otros ámbitos sociales y culturales según una lógica propia, que difiere de las generadas por experiencias próximas, por ejemplo y de forma significativa, la de la emigración.⁷ El literario, el político, el etnológico y el histórico son, sin duda, los discursos con los que el exiliado establece relaciones preferenciales muy activas; no sería exagerado decir, incluso, que la especificidad de cada una de las múltiples experiencias del exilio podría medirse tomando como referente las

modalidades que asume esta articulación interdiscursiva. Por eso, el estudioso de estos fenómenos debe centrar gran parte de su atención en analizar cómo evoluciona cada uno de los discursos que entran en esta red de interrelaciones sociodiscursivas, qué aspectos del discurso son potenciados y cuáles silenciados, al ser apropiados por la experiencia del exilio.⁸

En las páginas siguientes se intenta documentar la existencia de las características apuntadas en una serie de ámbitos del exilio gallego del 36, dedicándole una especial atención a las instituciones creadas para materializar sus proyectos sociales y culturales, los manifiestos (explícita o implícitamente formulados como tales) en los que se alude a algún aspecto de esta experiencia, los múltiples actos públicos que los exiliados organizan, a veces con el objetivo de adquirir “visibilidad” en el país de acogida, o los usos que se hace de los diversos discursos sociales, especialmente el literario.

Los usos del criterio filológico

Ramón Martínez López, distinguido exiliado él mismo, iniciaba un breve opúsculo sobre la literatura del exilio gallego con un revelador lema extraído de Karl Vossler:

Cuando el sentimiento nacional ha sido despojado de todos los refugios, el lenguaje se convierte en la fortaleza espiritual desde la que un día, cuando los tiempos sean propicios, saldrá a reconquistar su puesto. (287)⁹

El proceder de este erudito galleguista no fue un caso aislado. En consonancia con una tradición que tiene su origen en el último tercio del siglo XIX, los exiliados

gallegos ven desde el primer momento en la identidad lingüística una plataforma privilegiada para reiniciar la articulación de una cultura desmembrada por los efectos de la represión y de la forzada huida al exilio. Pero las estrategias y los usos asociados al criterio filológico tuvieron que acomodarse a unas circunstancias muy concretas, de ahí que algunas de las respuestas, como se documenta en los párrafos subsiguientes, parezcan cuestionar este mismo principio.¹⁰

Para comprender cómo se asume el criterio filológico, en el contexto de los esfuerzos de renovación de las prácticas socioculturales del exilio gallego, hay que tener en cuenta tres referentes básicos: en primer lugar, el reconocimiento de la cooficialidad que el idioma gallego había recibido en el Estatuto de Autonomía plebiscitado en 1936; en segundo lugar, la larga, variada y contradictoria praxis sociolingüística de las comunidades de emigrantes en las que se integraron los exiliados;¹¹ y finalmente, los condicionantes socioculturales, políticos y legales que imponían las sociedades de acogida.¹² Obviamente, y para evitar los problemas derivados de una excesiva generalización, hay que tener en cuenta factores adicionales que ayuden a entender el dispar comportamiento lingüístico de los exiliados, fundamentalmente la trayectoria individual de cada uno de ellos antes y durante el período del exilio, su identificación con un determinado sector del galleguismo, o el peso que pudo ejercer el contacto con los colectivos pertenecientes a las sociedades de acogida.

Está claro que pretender normalizar la situación sociolingüística del gallego desde el exilio, o incluso desde una emigración demográficamente amplia, sería un proyecto poco menos que quijotesco. De ahí la insistencia, por parte de mu-

chos exiliados, en reivindicar no una determinada praxis sociolingüística en ciudades como Buenos Aires, Montevideo o México, los tres grandes centros del exilio gallego, sino la legitimidad del idioma frente a las múltiples prohibiciones y constantes vejámenes que el régimen fascista le infringía por igual y de forma sistemática al catalán, al gallego y al vasco. Sólo así se explica la publicación (en gallego, francés e inglés) de la *Denuncia diante a UNESCO da persecución do idioma galego pol-o Estado Español* (1954), que sería presentada a esta institución internacional aprovechando la celebración en Montevideo de su reunión plenaria. En esta denuncia-manifiesto se enumeraban puntualmente una serie de restricciones del franquismo, que adquirirían un especial relieve porque atentaban directamente contra el frustrado Estatuto de Autonomía, un texto fundacional en el que se le reconocía al gallego la co-oficialidad al lado del castellano, y que el Consello de Galiza, instituido en el exilio en 1944, había ya mitificado.¹³

Los exiliados culturalmente más activos concentran sus energías en expandir y consolidar la condición de la cultura gallega como una cultura fundamentalmente impresa, yendo a contracorriente a veces de la estricta aplicación del criterio filológico que había sido legitimado en las décadas anteriores por el nacionalismo gallego. Xesús Alonso Montero señala, por ejemplo, cómo el galleguismo de Seoane no excluía, en el marco de actuación del exilio, obras y autores que, en otros momentos y en contextos diferentes, podrían haber sido cuestionados:

Seoane reedita ciertos textos, galegos fundamentalmente, coa esperanza de que cheguen á Galicia do silencio e do

medo, e [...] publica determinados libros casteláns pensando na intelectualidade arxentina, unha intelectualidade que non sempre vinculaba a Galicia [con] nomes tan valiosos como os de Francisco Sánchez, o Padre Feijoo, Roberto Novoa Santos, Concepción Arenal e outros. (106)

Con esta generosa ampliación Seoane, que no actuaba en solitario, establecía unos criterios de canonización para la cultura gallega, y más concretamente para el área literaria, en la que eran aceptados títulos como *En las orillas del Sar* o *El caballero de las botas azules*, textos en castellano de Rosalía de Castro, reeditados ambos en EMECÉ a principios de los cuarenta.¹⁴

En el caso de la *intelligentsia* que lideraba el movimiento del exilio gallego, el aparente abandono (mejor sería decir, la suspensión temporal) del criterio filológico como factor determinante en los procesos de representación y apropiación se debía a un argumento distinto del de la diglosia imperante en la Galicia del interior.¹⁵ Y de nuevo, los proyectos ideados y realizados por Seoane pueden servir de guía para entenderlo. En la nota de presentación de la Editorial Citania, una de las varias que concibió y fomentó, indica que:

non se trata dunha empresa interesada en favorecer a este ou a outro núcleo partidista da colectividade, a un ou outro ideal. Trátase dunha empresa que non ten máis programa que o de facer coñecer entre propios e extraños o *espírito* de Galicia.¹⁶

Es esta una declaración emblemática de los objetivos que animaban el programa cultural de Seoane, sintetizado en la

revaloración del “espíritu” de una cultura gallega entendida en términos inclusivos (gallego y castellano), y que tenía como destinatarios a propios (la comunidad gallega de la emigración, pero también la de la metrópoli) y a extraños (especialmente la clase letrada de las sociedades de acogida).

El repertorio publicista de Seoane incluye la reedición de tres de los poemarios más distintivos de la literatura decimonónica gallega: *Aires da miña terra* de Curros Enríquez, *Queixumes dos pinos* de Eduardo Pondal y *Follas Novas* de Rosalía de Castro; a estos títulos habría que añadir la poesía vanguardista, en edición bilingüe (un dato muy significativo), de Manuel Antonio, una antología de la producción cancioneril medieval, las *Cantigas* de Macías el Enamorado, y la amplia recopilación del *Cancionero popular gallego* de José Pérez Ballesteros, entre otros muchos. Pero Seoane también se esfuerza por editar textos en castellano: *Los Precursores* y *Don Diego Gelmírez* de Manuel Murguía, *Memorias para la historia de la poesía y poetas españoles* y *Estudio sobre el origen y formación de la lengua gallega* ambos del ilustrado benedictino Martín Sarmiento, la *Historia de Galicia* de Benito Vicetto y los dos mencionados textos de Rosalía de Castro, entre otros títulos. Todos ellos tenían como objetivo demostrar las excelencias de una cultura que en el país de origen estaba silenciada y que en los de acogida sufría las consecuencias del desconocimiento cuando no de un abierto desprestigio por parte de la clase letrada.¹⁷

El compromiso con un ideario galleguista, mejor o peor articulado, más o menos “enxebrista” o cosmopolita, fue un rasgo compartido por la mayoría de los exiliados y por un destacado sector de

la emigración que colaboraba con ellos. Que el condicionante lingüístico, es decir, el criterio filológico, adquiriese o no el protagonismo y la capacidad de legitimación que había sido una constante del galleguismo desde las “Irmandades da Fala” (1916-1936) es, por tanto, una cuestión que sólo puede ser entendida en el contexto de las complejas y específicas relaciones de los exiliados con la sociedad de acogida y de las inevitables tensiones entre los grupúsculos políticos e ideológicos que se vieron desplazados (y desterritorializados) como consecuencia de la Guerra Civil. Son estas interrelaciones las que condicionan, e incluso determinan, la forma cómo algunos colectivos del exilio veían la cuestión de la reivindicación de la lengua.

La dinámica de una tradición sociocultural galleguista que arrancaba del siglo XIX, y que había adquirido un alto grado de legitimidad y de visibilidad social en la década de los veinte, liderada por las “Irmandades da Fala” y por el grupo “Nós” (1920-1936), recibe un golpe casi mortal con el franquismo. Si bien el exilio recupera un mínimo espacio de libertad, este ámbito se ve igualmente mediatizado por las complejas y negativas circunstancias que necesariamente determinaban y acompañaban a toda experiencia del exilio, porque “transterrar” una cultura y la lengua que le sirve de articulación expresiva, como ya fue señalado, era un proyecto sociológicamente imposible, incluso cuando se apoyaba en una nada inestimable presencia demográfica, como en el caso de la diáspora gallega en América Latina.¹⁸ La mejor muestra de la clara consciencia que los exiliados gallegos tienen de la nueva realidad sociocultural derivada de la Guerra Civil y de su inevitable desplazamiento es el tipo de actuación

nes culturales emprendidas, especialmente el repertorio de los títulos que en su opinión merecían ser reeditados, porque en ellos se detecta el interés y la necesidad de los exiliados de dialogar simultáneamente con tres interlocutores perfectamente diferenciados: las comunidades de emigrantes, los distintos colectivos de las sociedades de acogida y la Galicia-del-interior.

Xosé M. Núñez Seixas ofrece, en una apretada síntesis, un balance general sobre el grado de compromiso del exilio con la restauración y la reivindicación de la lengua. Reconoce el cultivo del gallego en la prensa política y en la literatura, ámbitos de expresión que los colectivos galleguistas habían utilizado de forma muy efectiva sobre todo a partir de 1916. Los exiliados no hicieron sino apuntalar esta línea de actuación multiplicando las publicaciones periódicas, los grupos de actuación política y los diferentes proyectos culturales. Aun así, el cultivo del gallego fue esporádico y se vio reducido a las ceremonias de ritualización colectiva, incluso en las instituciones y centros mutualistas de la emigración:

de ahí la imposibilidad de completar la necesaria normativización y normalización social del gallego desde América. (Núñez Seixas, "Idioma" 173)

Unas líneas más abajo añade Núñez Seixas:

los escritores gallegos del exilio, y en general los escritores políticos y publicistas de la época que media entre 1940 y 1970 se caracterizan por una creciente tendencia hacia el diferencialismo, el abuso de vocablos diferencialistas o arcaizantes 'hipe-renxebrismos' y la anarquía normativa y ortográfica. (173)

Esta última observación requiere una necesaria matización, porque, además de ser cuestionable su generalización a todos los escritores del exilio, la aparente tendencia al diferencialismo es explicable, en parte, por la inexistencia, a la altura de los cuarenta, de una autoridad lingüística capaz de legislar sobre los diversos aspectos y usos del gallego.¹⁹

Cabría resumir este apartado indicando que en el recurso al castellano por parte de los exiliados confluye una doble lógica: por un lado, el reconocimiento de su deficiente incidencia en las mismas comunidades de emigrantes gallegos, si lo hacían en el idioma materno; por otro, la posibilidad de "dialogar" con los intelectuales de las sociedades de acogida, como una estrategia capaz de abrirle las puertas del prestigio a la cultura gallega, y por consiguiente, a los intelectuales que la representaban. Esta segunda fórmula tendría una consecuencia adicional: la percepción de autoestima que la comunidad de emigrantes se formaría de su propia cultura al ver cómo los sectores cultos de las sociedades de acogida comenzaban a valorar determinados aspectos de ella.

Las instituciones culturales en el exilio

Cuando el General Franco inicia su sublevación militar en 1936 el galleguismo estaba a punto de ver realizado su gran sueño: la institucionalización social, y sobre todo cultural, de un conjunto de propuestas que desde finales del siglo XIX constituían el eje de una serie de reivindicaciones enmarcadas en una multisecular frustración colectiva, recogidas finalmente en el plebiscitado Estatuto de Autono-

mía. El impacto de esta nueva malograda experiencia en los galleguistas que sobrevivieron a la hecatombe provocada por la rebelión militar fascista fue especialmente contundente, porque la Guerra Civil y las primeras décadas posbélicas significaron para Galicia (como para Cataluña y Euskadi), además de un irreparable hiato político, económico y social, la eliminación radical de cualquier actividad o tentativa, pública (y privada), relacionada con la articulación de los signos de su identidad nacional.

No debería extrañar, por tanto, que los exiliados, como ya fue señalado, se sintiesen obligados a reivindicar, y de ser posible, a restaurar, por lo menos en determinados ámbitos culturales, la carga de memoria colectiva que había hecho posible que la sociedad gallega aceptase el Estatuto de Autonomía el 28 de junio de 1936.²⁰ La aspiración de institucionalización cultural dentro de un sector del exilio gallego, liderado a dos bandas por Daniel Castelao y Seoane, tuvo, sin duda, en esta vocación restauradora (pero también compensatoria, como en tantos otros proyectos del exilio) una importante motivación.

El exilio aspiraba a presentarse como heredero directo de los proyectos galleguistas de la preguerra. La denominación de algunas de las colecciones editoriales creadas por Seoane dan testimonio de un deseo de homenajear a algunos de los grandes nombres del imaginario nacional gallego, arropados en una serie de objetos emblemáticos, casi totémicos (Mestre Mateo, Martín Sarmiento, Anxel Casal, junto a Dorna, Hórreo, Camino de Santiago o Dolmen de Dombate). Se observa, por tanto, cómo los exiliados, o por lo menos su sector más dinámico, utilizan al máximo los espacios socioculturales de que

disponen en las sociedades de acogida para proyectar públicamente un determinado ideario galleguista, llegando incluso a una casi inevitable ritualización de la memoria histórica, como sucedería con el *Primeiro Congreso da Emigración* (Buenos Aires, 1956), que tiene lugar cien años después de la celebración por parte de los provincialistas gallegos del famoso Banquete de Conxo (Santiago). Carlos Sixirei Paredes insiste, sin duda, en esta misma proyección del exilio gallego²¹ cuando hace observar que “hubo graves, aún que non sempre confesadas, desavenencias entre o galeguismo do exterior e do interior” y que:

o primeiro, que se consideraba depositario da legalidade republicana, plantexaba programas e actuacións de carácter político que se retrotraían ao 17 de xullo de 1936 prescindindo da Guerra Civil e das súas consecuencias. (164)

Pero el reconocimiento de esta necesidad de articular institucionalmente la experiencia del exilio, a veces a niveles casi imperceptibles, es uno de los mejores indicadores de que también existía un discurso con el que se pretendía legitimar y hacer efectivas las diferentes actividades relacionadas con aquélla. En medio de una enorme fragilidad social, económica, política y cultural, se observa un persistente esfuerzo en un sector de los exiliados por asegurarles un mínimo de logros a las puntuales iniciativas que se iban produciendo a lo largo de las décadas de la posguerra. En este sentido, la infraestructura que ofrecía el mundo de la emigración con la que se encuentran los exiliados funcionó como un arma de doble filo, porque si bien servía como arteria de transmisión

para conseguir un eco público que de otra forma sería mucho más limitado, al mismo tiempo estos organismos básicos de interacción actuaban como una rémora para muchas de las iniciativas que emanaban de la *intelligentsia* exiliada.

Sin duda, la emigración asentada en el continente americano desde el siglo XIX condicionó el decorrer de la praxis cultural protagonizada por la comunidad de exiliados, en la medida en que fue el inevitable marco de actuación para muchos de sus proyectos. Como se señala en otros momentos de este trabajo, las complejas y casi siempre problemáticas relaciones entre la cultura de la emigración y la experiencia del exilio representan un aspecto fundamental para entender la dinámica ideológica y sociocultural de esta última. Xosé Maceira Fernández llama la atención sobre esta dimensión:

os exiliados traballan e conviven, cotidianamente, co mundo da emigración, coñecen a súa orixe, os problemas, os seus desexos e sufrimentos [...]. Os escritores do exilio non puideron fuxir da tentación de tratar este fenómeno [da emigración], constante na nosa literatura contemporánea, desde a perspectiva que dá sentirse membro activo do desterro. (64)

Pero no es menos cierto que la maquinaria de propaganda franquista intentó instrumentalizar una determinada concepción de la emigración con el objetivo de diluir la experiencia del exilio gallego al presentar ambos fenómenos como un proceso unitario, una imagen que los exiliados, conscientes de sus implicaciones ideológicas, se negaron a admitir, sobre todo en los primeros años de la posguerra.

En el inventario de algunos de los más sonados proyectos identificados con

la reivindicación de la cultura gallega sobresalen como hechos puntuales la “Mostrados libros galegos” en Buenos Aires (1948), la experiencia de la “Asociación Gallega de Universitarios Escritores e Artistas” (AGUEA) (1956), la creación del “Teatro Popular Galego” (1957), el establecimiento de una librería-distribuidora “Follas Novas” (1957-64) y la celebración de los “Xogos Florais” de 1968. Pero por encima de todo ello destaca la figura proteica de Seoane, a quien le debemos uno de los proyectos editoriales más fascinantes en la historia del libro gallego, un programa de publicaciones que era, sin duda, como supo ver Alonso Montero, un verdadero programa político (108-09).²² Con la creación en Galicia de la editorial Galaxia (1951), la publicación de libros en el exilio pasaría a figurar más y más como un ejercicio compensatorio; pero siguió funcionando como una plataforma muy necesaria para dar salida a títulos que, como la novela *A esmorga* de Eduardo Blanco Amor, uno de los textos literarios más celebrados de la historia literaria gallega, superaban con mucho los límites de lo permisible establecidos por la censura franquista.

En el trabajo editorial de Seoane se detecta un doble objetivo: la recuperación de una memoria histórica, sometida a la represión y al silencio en la Galicia metropolitana, y la revalidación de un capital sociocultural capaz de paliar las imágenes deformadas asociadas con la emigración gallega en las sociedades latinoamericanas de acogida; esto último se lograba sobre todo mediante la reedición de las obras, nombres y títulos más significativos de un repertorio cultural en el que el criterio filológico, como quedó señalado, no funcionaba como rasgo discriminante.²³

En su constante preocupación por establecer instituciones culturales, una tendencia que tiene su origen, fundamentalmente, en el reconocimiento del vacío que se produce en la Galicia posbélica como consecuencia del resultado de la Guerra Civil, la comunidad de exiliados gallegos necesariamente tenía que ir cayendo progresivamente en una inevitable duplicación de iniciativas culturales con respecto a la metrópoli, sobre todo a partir de la década de los 50. Aun así, dinamizadores culturales como Seoane perseveran en sus actividades, especialmente en el ámbito editorial, por las persistentes limitaciones que seguían lastrando la dinámica de las pocas instituciones culturales que el régimen franquista transigía en las dos primeras décadas de la posguerra, y se imponen como objetivo prioritario mantener viva una infraestructura, aunque deficiente, capaz de garantizar la supervivencia y la renovación de esa misma cultura. En este sentido, las comunidades de la emigración prebélica funcionaron, por lo menos potencialmente, como receptores insustituibles para darle vida y credibilidad a los proyectos de institucionalización cultural elaborados por la intelectualidad exiliada, junto a determinados colectivos de las sociedades de acogida que, como queda señalado, fueron igualmente llamados a reconocer y consumir parte del capital cultural que estaba produciendo el exilio gallego.

No puede pasarse por alto otra importante dimensión del exilio gallego: la de una tendencia culturalista quizás más intensa que en otros ámbitos socioculturales semejantes (el catalán, por ejemplo). Esta peculiaridad se explica, en parte, por una pobre articulación social y política heredadas del galleguismo del primer ter-

cio del siglo XX, que por múltiples razones se había visto obligado a revestir su ideario nacionalista con un lenguaje marcadamente culturalista. Pero si la industria cultural, y por tanto, los discursos sociales asociados con ella (sobre todo el literario), ocuparon el interés prioritario de la comunidad de exiliados, fue también porque varias de sus más destacadas figuras provenían de ese medio y formaban parte de una joven *intelligentsia* que había visto frustrada su biografía como clase letrada precisamente en uno de los momentos de mayor optimismo para la materialización de un ideario galleguista articulado en el mítico Estatuto de Autonomía de 1936.

¿Qué aporta de novedoso el exilio al proceso de institucionalización cultural que se había iniciado en Galicia a fines del siglo XIX y que había alcanzado un notable desarrollo en el primer tercio del XX? Esta es una pregunta fundamental para entender la experiencia del exilio gallego, no como una actitud re-activa frente a los acontecimientos que causaron el ostracismo, sino por el contrario, como una visión pro-activa en manos de un colectivo más interesado en crear un lenguaje cultural innovador que en reproducir fórmulas discursivas periclitadas pero todavía cargadas de un alto grado de legitimación. Los exiliados gallegos, y esto se observa de forma muy precisa en la labor editorial de Seoane, enmarcaron su actividad en un diálogo a tres bandas entre una determinada interpretación del pasado (la memoria histórica), un presente negativo (y por tanto negado) y un futuro que no podía sino ser radicalmente nuevo. Esta actitud innovadora se cargó desde el primer momento de una intencionalidad rupturista frente a la experiencia del “mal

histórico,” que estaba en el origen mismo del exilio, y contra determinadas interpretaciones del pasado sociocultural gallego.²⁴

Esta dimensión innovadora del exilio se hace efectiva por varias vías. En primer lugar, mediante el complejo e inevitable diálogo con las sociedades de acogida, aunque a un nivel cuantitativa y cualitativamente distinto del establecido por el movimiento emigratorio precedente; en este sentido, los proyectos culturales protagonizados por el galleguismo del exilio estaban mejor dotados para “dialogar” con la clase letrada bonaerense que los de la emigración.²⁵ En segundo lugar, un sector del exilio, sobre todo el grupo de la tertulia del Café Tortoni, liderado por Seoane, va a utilizar fórmulas discursivas y propuestas ideológicas que, si bien no habían estado totalmente ausentes en el galleguismo de la diáspora anterior al exilio, adquieren ahora una especial visibilidad; de ahí, por ejemplo, lo novedoso de un diálogo abierto con el marxismo.²⁶

En este marco de actuación adquieren un especial relieve las tensiones entre tradición e innovación, entre “enxebrismo” y cosmopolitismo, y el esfuerzo de los exiliados por hacer dialogar ambas tendencias en los diferentes ámbitos geopolíticos del exilio. Esta tensión se traduce de forma desigual en los diversos discursos sociales utilizados por el exilio gallego, e incluso dentro del literario se observan diferencias notables en el tratamiento de los géneros. La incidencia del cosmopolitismo alimentado por las relaciones con la clase ilustrada de las sociedades de acogida obliga a los exiliados a superar una visión endogenista-“enxebrista” de la cultura, tan activa en la configuración de los idearios galleguistas hasta 1936, e incluso detectable en un determinado sector del exilio. Esta misma tendencia perdura-

rá también en los pocos textos que se publican en gallego en Galicia durante el período bélico y en los primeros momentos de la posguerra.

Las notas precedentes sobre los proyectos y los logros de institucionalización cultural liderados por el exilio gallego necesariamente tienen que dejar en el tintero algunos aspectos fundamentales para una comprensión de tan complejo fenómeno. Aunque sólo sea para expandir programáticamente este ámbito de investigación, habría que señalar algunos ámbitos de investigación adicionales: las condiciones específicas de las sociedades de acogida, que ayudan a explicar la exploración de determinadas actividades culturales en unos países y su ausencia en otros (piénsese en las mencionadas emisiones radiofónicas en gallego en Uruguay e su ilegalidad en Argentina); de igual forma, habrá que tener en cuenta las particulares tradiciones de las distintas comunidades de emigrantes en el pre-exilio y su actitud ante los idearios galleguistas; no menos relevante es el estudio del tipo de instituciones culturales que crea el exilio gallego, en relación, y sobre todo en contraste, con el catalán o el vasco en el mismo período o las áreas socioculturales privilegiadas por cada uno de ellos (el mundo editorial, por ejemplo); el culturalismo apuntado anteriormente obliga a analizar también las relaciones entre los proyectos de institucionalización cultural y el protagonismo del exilio en otros ámbitos sociales, sobre todo el político y el económico; habría que considerar igualmente la evolución misma de estos procesos, los diferentes tipos de agentes que intervienen (escritores, políticos, ideólogos, etc.) y las dificultades asociadas con ellos, teniendo en cuenta los tipos de obstáculos y las fuerzas sociopolíticas que los promueven.²⁷

En relación con esta última cuestión, y aunque sólo sea de forma provisional, cabría añadir que una rápida ojeada a los diversos ámbitos del exilio gallego permite identificar qué colectivos participan en las producciones culturales señaladas: en primer lugar, las personalidades que llegan al exilio dotadas ya de un significativo capital (fuese éste político, cultural, social, etc.); este grupo estaba liderado por la personalidad mítica del polifacético Castelao. En segundo lugar, los que adquieren ese mismo capital durante el exilio, cuya figura más destacada sería sin duda la de Seoane. Un tercer grupo estaba constituido por los representantes de la cultura de la emigración prebélica, con un cierto grado de incidencia en los proyectos del exilio, como fue el caso del mencionado Blanco Amor o Emilio Pita. Finalmente, habría que incorporar a este repertorio un destacado grupo de galleguistas que desde la “Galicia-del-interior” contribuyen a articular la cultura del exilio, sobre todo en su fase final: Ramón Otero Pedrayo, Francisco Fernández del Riego, entre los más sobresalientes.²⁸ El estudio de estos colectivos quedaría incompleto si no se tuviesen en cuenta simultáneamente las distintas imágenes sociales que el intelectual exiliado gallego fue adoptando: la de autor literario, productor cultural, ideólogo galleguista o líder y orador político, por citar sólo las más significativas.

La reconstrucción de la nación

Condicionada por la conciencia de un desplazamiento forzado y la certidumbre de que el colectivo de los exiliados representa de forma emblemática una comunidad nacional silenciada, la imagen

de la “nación desterrada” tenía que ocupar necesariamente un lugar destacado en la articulación discursiva de la “experiencia” del exilio gallego, que conlleva en sí la posibilidad de un desplazamiento espacial de la experiencia nacional misma. Otra figura preeminente es la de la “nación silenciada,” que subraya la coincidencia entre las circunstancias que producen el exilio y las que condenan al silencio a la nación gallega. Este nuevo sometimiento, que adquiere unas dimensiones especialmente trágicas con el franquismo, es interpretado como un eslabón más en una cadena multisecular de imposiciones asociadas a un nacionalismo estatal (“españolista”) que es objeto de glorificación fascista por parte del régimen dictatorial.²⁹ Ambos ideogramas, el de la “nación silenciada” y el de la “nación desterrada” no hacían sino proyectar la imagen de un colectivo que veía amenazada su propia identidad y que, por esa misma razón, estaba obligado a intensificar las correlaciones entre la conciencia nacional y la experiencia del exilio, creando serias desavenencias con el galleguismo de la metrópoli.³⁰

Sólo así puede entenderse el modelo de reconstrucción nacional tal y como lo formula el exilio gallego, un programa de actuación en el que ejerce un peso determinante el proyecto galleguista de guerra interrumpido por la rebelión del ejército fascista. De ahí su doble línea de actuación: por un lado, la construcción de una institucionalización nacional que usa como referente fundacional el Estatuto de Autonomía plebiscitado que nunca llegó a entrar en vigencia; y por otro, la recuperación del equilibrio y del optimismo perdidos como consecuencia del forzado desplazamiento (y del asesinato) de

destacados líderes del galleguismo de la Galicia de preguerra.³¹ En este esfuerzo por reivindicar un determinado imaginario nacional desde el exilio, y por legitimar la institucionalización de una cultura gallega autónoma, sus protagonistas echan mano de una serie de instrumentos: los discursos sociales disponibles, fundamentalmente el literario, el historiográfico y el etnológico; las publicaciones periódicas, siguiendo en esto una bien asentada tradición cultural de la emigración;³² la inspiración del Estatuto de Autonomía, al que se alude constantemente en las luchas de reivindicación de los exiliados; y la recodificación del galleguismo nacido de la experiencia de la emigración, que los exiliados reconstituyen a partir de parámetros ideológicos distintos.

Si el exilio gallego se enfrenta con una doble responsabilidad, la de construcción y reconstrucción de un ideario nacional, parece lógico preguntarse cómo se puede encarar, y sobre todo legitimar, la articulación de una cultura nacional desde la experiencia del exilio, sobre todo cuando, como en el caso gallego, existe el desafío adicional de una comunidad esparcida por diversos países. El esfuerzo por demostrar que sólo la suya era una genuina producción cultural gallega, cuestionando, así, la representatividad nacional de la que pretendía apropiarse el colectivo de intelectuales que permanecieron en Galicia después de la guerra fue un objetivo permanente de los exiliados. En su opinión, los sistemáticos obstáculos que el régimen fascista le imponía al galleguismo del interior necesariamente distorsionarían cualquier proyecto cultural, privándolo de la legitimidad y de los medios necesarios para reiniciar la institucionalización cultural que la dictadura militar había cortado de cuajo. Las dificultades del diálogo

entre la Galicia del exilio y la del interior, unas dificultades y un diálogo que presentan una historia muy desigual, tienen en gran medida su origen en esta percepción, pero también en las respuestas que los galleguistas del interior iban ofreciendo a los desafíos y a los cambiantes obstáculos erigidos por el régimen franquista.³³

En resumen, podría decirse que los exiliados gallegos, en su esfuerzo por legitimar su propia propuesta de re-construcción de una cultura nacional, fundamentan su actuación en dos principios fundamentales: el horizonte de reivindicaciones representado por el Estatuto de Autonomía y la vivencia del mal histórico que estaba en el origen mismo de su experiencia del exilio. En relación con el primero, hay que insistir, una vez más, en un dato fundamental: que para muchos de los que habían luchado en las filas del galleguismo la forzada diáspora se inicia muy poco después de haberse aprobado en plebiscito un texto legal que para ellos revestía un especial significado, no sólo porque le reconocía a Galicia un estatuto propio dentro del marco abiertamente federal del Estado de la República, sino también porque varias de las figuras más destacadas del exilio habían intervenido de forma activa y efectiva en su redacción y en la campaña plebiscitaria. Es necesario añadir, por otro lado, que la experiencia del ostracismo, que inicialmente se pensó de muy corta duración, fue adquiriendo con el tiempo dos sentidos cada vez más irreconciliables: si al principio actuó como base de legitimación de los parámetros ideológicos que los exiliados utilizaban en la reconstrucción nacional de Galicia, con el paso del tiempo se fue revistiendo de un pesimismo que necesariamente tenía que acabar influyendo en la forma cómo el exiliado se veía a sí mismo, los referentes

que alimentaban sus propuestas ideológicas y su horizonte de identidad nacional.

Muy pocos textos son tan emblemáticos de la creciente desilusión que se fue apoderando de los exiliados que lograron sobrevivir las primeras décadas de posguerra como los versos del soneto “Veño” de Celso Emilio Ferreiro citados en el epígrafe³⁴ o el famoso lamento, no exento de un tono acusativo, de Seoane en las páginas de *Galicia Emigrante*:

Hace veinte años salimos de Galicia, transcurrieron más de 7.000 días y de 7.000 noches en el exilio. 240 meses, 260 lunas, aproximadamente, contaría un campesino gallego. Con muchos días y muchas noches sumidos en el llanto y en la desesperación, encarcelados en la nostalgia, alentando cada día nuestra fé, haciéndonos duros y fuertes cuando alguno de los nuestros caía, aquí o allá, consumido por la edad o por la enfermedad, en la persecución, o quebrada su vida violentamente, también en la persecución [...]. Nuestra historia puede ser una historia para ser contada, de fantasmas o de desaparecidos. ([0])

La vitalidad y el dinamismo de los primeros años del exilio, sobrecargados por la imperiosa necesidad de romper con el silencio que el régimen franquista le imponía de forma sistemática al galleguismo del interior, fueron cediendo paulatinamente ante la constatación de las dificultades emanadas de la experiencia misma del exilio, a nivel individual y colectivo, y sobre todo ante la certeza de que el gobierno dictatorial del General Franco comenzaba a establecer las relaciones internacionales necesarias para asegurar su supervivencia. La colaboración entre las dos Galicias se hacía también más intensa y se

detectaban ya indicios socioculturales, políticos e ideológicos que permitían hablar de una revitalización del ideario galleguista en la Galicia-del-interior a partir de la década de los 50. Los exiliados, que habían fundamentado su legitimidad en la salvaguarda de una memoria multi-secular, veían así cómo la antorcha que ellos habían alimentado por dos décadas pasaba a manos de las nuevas generaciones nacidas ya en la Galicia de la posguerra. El galleguismo, cumplida su travesía homérica, iniciaba su lento regreso a “casa.”

Notas

¹ Para un esfuerzo de clarificación del término “experiencia” y sus posibles aplicaciones a diversos ámbitos sociales ver Joan W. Scott (1996), un trabajo en el que esta historiadora trata de dialogar abierta y polémicamente con otros estudiosos, especialmente con E. P. Thompson (1966 y 1978) y Williams (1983). También González-Millán (2000).

² Para los desafíos epistémicos que representa la teorización del “mal histórico” en el contexto de los nuevos paradigmas sociales ver Willi Oelmüller (1973).

³ Para un repertorio de la producción editorial del exilio gallego en el continente americano pueden consultarse con provecho Alonso Montero (1995) y Maceira Fernández (1995). Habrá que esperar a la publicación de las actas del magno congreso organizado por el Consello da Cultura Galega (Santiago de Compostela, 2001), para finalmente poder disponer de una visión completa sobre este y otros varios aspectos de la experiencia del exilio gallego.

⁴ El conjunto de colaboraciones recogidas en John Glad (1990) permite documentar en boca de destacados exiliados las características aquí señaladas.

⁵ Incluso cuando, como en la obra literaria de Seoane, se literaturiza la historia medieval gallega (*Na brétema*, *Sant-Iago* o *La soldadera*), no es para hacerla funcionar como un mitema del ideario

galleguista del exilio sino para traducirla en horizonte de una praxis política y de una proyección sociocultural de renovación más que de recreación.

⁶ Para el ámbito multilingüe español ver la “Bibliografía selecta” preparada por Manuel Aznar Soler (1999), que da una idea del creciente interés sobre la experiencia del exilio.

⁷ Se puede consultar con provecho Norman Fairclough (1992) para la teorización de la dinámica sociodiscursiva.

⁸ Las transformaciones experimentadas por un discurso como el literario son una excelente guía para ver cómo es instrumentalizada una determinada modalidad discursiva en contacto con la experiencia del exilio. Ver Maceira Fernández (1995) para un intento de sistematización de la producción literaria del exilio gallego, que supera con mucho el primer esfuerzo de recolección elaborado por Martínez López (1978).

⁹ La cita, traducida al castellano, había sido tomada a su vez de la versión inglesa de *Geist und Kultur in der Sprache* (1925).

¹⁰ Para una reflexión sobre los desafíos que el criterio filológico representa en la articulación de una cultura subalterna como la gallega ver González-Millán (1998).

¹¹ Ver una excelente visión de conjunto sobre el galleguismo en la emigración (1879-1936) en Núñez Seixas (1992).

¹² Por ejemplo, las emisiones radiofónicas en gallego pudieron ser emitidas en Uruguay pero no en Argentina, donde lo prohibía la legislación del país.

¹³ Téngase en cuenta que en los primeros años de la década de los 40 el calendario del exilio galleguista giraba en torno a algunas fechas de indiscutible relieve nacionalista: el 28 de junio, “Día do Estatuto,” el 25 de julio, “Día de Galicia” y el 17 de agosto, “Día dos Mártires.”

¹⁴ Para ayudar a entender este comportamiento hay que tener en cuenta, como señala Helena González, el contexto sociolingüístico de las comunidades de emigrantes en el momento en que llegan los exiliados al continente americano:

Na Arxentina, onde se concentra a actividade galeguista na emigración, a maior parte dos actos de reafirmación

nacional, os boletíns, as representacións teatrais [...] facíanse en castelán. Non só non se empregaba o galego habitualmente, senón que houbo sectores que chegaron a rexeitalo, por ser unha lingua fortemente marcada por connotacións socioeconómicas negativas. (75)

No debería sorprender este tipo de conducta, que traducía los mecanismos diglósicos imperantes en Galicia, y que el emigrante reproducía. A este comportamiento no es ajeno el hecho de que la lengua oficial de las sociedades de acogida coincidiese con la que figuraba también como “lengua A” en la metrópoli.

¹⁵ Es importante subrayar que esta misma conducta es observable en el exilio catalán y en el vasco; señalaban Vicenç Riera Llorca y Albert Manent que “escritores que habitualmente dan su producción literaria en catalán han publicado, en el exilio, en castellano” (191).

¹⁶ Subrayado añadido al original. Citado en Sixirei Paredes (195).

¹⁷ La mayoritaria atención a la cultura decimonónica en los proyectos editoriales del exilio gallego contrasta abiertamente con los del catalán. Bartolomeu Costa-Amic, por ejemplo, lanzaría una muy cuidada colección de clásicos medievales en México; pero, como observan Riera y Manent,

nadie tuvo la idea de preparar una antología del cancionero tradicional de Cataluña [...]. Entre los clásicos del siglo XIX sólo Verdaguer tuvo el honor de dos reediciones: *L'Atlàntida* (México, 1945), en edición modernizada por Joan Sales, y *Canigó* (México, 1948), también al cuidado de Sales y limitada a doscientos ejemplares [...] (210);

por el contrario, “escritores y políticos muy conocidos [del siglo XX] encontraron un hueco en el capítulo de las reediciones” (211).

¹⁸ Para tener una idea del peso demográfico representado por las comunidades de la emigración gallega en el continente americano baste señalar que entre 1911 y 1960 la diáspora trans-

oceánica arroja una cifra cercana a las 800.000 personas. Ver Juan de Juana y M. A. Fernández (1990) para un análisis más concreto sobre esta cuestión.

¹⁹ La Real Academia Gallega, establecida en 1905, fue como institución cultural y como autoridad lingüística un ejemplo de inoperancia desde su momento fundacional. Martín de Ugalde aporta otra perspectiva para analizar el fenómeno sociolingüístico del diferencialismo arcaizante, al señalar cómo un grupo de escritores vascos de preguerra:

Va imponiendo un rigorismo que con la ventaja de recuperar muchas raíces auténticas trae los inconvenientes de un exceso de celo por lo autóctono que acaso encorseta la lengua demasiado [...]. Y es natural que la literatura sin sol y aire que siguió, tanto la que se fue haciendo calladamente en las casas con los modelos a la vista, como la que comenzó a hacerse en la libertad ya desarraigada que fue el exilio, quedase demasiado atada a sus antecedentes, incapaz de una evolución normal y armoniosa. (243)

²⁰ Ver Xosé Vilas Nogueira (1975) para un estudio de conjunto sobre las progresivas reivindicaciones autonómicas del galleguismo en el primer tercio del siglo XX y el clima político que desembocó en la masiva aprobación del Estatuto de 1936.

²¹ Jorge Edwards subraya esta misma actitud en la experiencia del exilio chileno: “The people who went into exile [...] are constantly reexamining the past—a history that ends the moment they left the country” (71).

²² La relevancia de los proyectos editoriales de Seoane y otros galleguistas es tan notable en el contexto general del exilio del 36 que resulta incomprensible la ausencia de referencias a ellos en *La obra impresa de los intelectuales españoles en América (1936-1945)*, editada por Julián Amo y Charmion Shelly (Stanford UP, 1950).

²³ Una experiencia similar es observable en la producción editorial del exilio vasco, si nos guiamos de las palabras de Ugalde:

Ekin ha sido la única editorial vasca que ha venido funcionando desde su

creación en 1940, tan pronto llegó el exilio vasco a Buenos Aires, hasta ahora. Ha sido, creo, la única institución cultural de esta significación en todos estos largos años de exilio. Ha editado en euskara y castellano, pero sobre todo en castellano; sin embargo, los temas han sido siempre vascos. (245)

²⁴ La biografía intelectual de Seoane es un ámbito especialmente fértil para estudiar la renovación de las formas culturales en el contexto de la compleja y multiforme experiencia del exilio. Su doble actuación como autor y como dinamizador cultural ayuda a esclarecer cómo funcionaron los referentes utilizados por el exilio en la renovación de las formas culturales, fundamentalmente los extraídos de la historia autóctona y los procedentes de las sociedades de acogida, con las que los exiliados se sintieron especialmente inclinados a dialogar.

²⁵ Un poemario como *Lonxe* de Lorenzo Varela o la ya mencionada novela de Blanco Amor, *A esmorga*, necesariamente tenían que llamar la atención de la clase letrada bonaerense.

²⁶ Un dato significativo: *Loita*, una publicación periódica de la “Comisión Galega do PC de Hespaña’ en México” (1943), sería la primera revista de ideología comunista redactada enteramente en gallego en la historia del galleguismo.

²⁷ Los resultados obtenidos por el exilio obligan a actuar con prudencia para evitar ser víctimas de espejismos y para no caer en un paralizante discurso haxiológico. Las siguientes palabras de Núñez Seixas pueden servir de útil muro de contención:

La producción cultural del exilio fue importante cualitativamente en cuanto sirvió para mantener el legado de la tradición política galleguista de anteguerra. Sin embargo, encontró numerosos problemas para asentarse sobre un mercado cultural que en buena parte era inexistente: de ahí la inestabilidad frecuente de las empresas editoriales, la falta de ventas de los libros que atenazaban cualquier posibilidad de consolidar una producción cultural mínimamente visible, y el frecuen-

te recurso tanto a las reediciones de clásicos como a la edición de libros en español sobre temas gallegos, destinados sobre todo a un público sudamericano o de hijos de emigrantes gallegos. (173)

La citada selección bibliográfica de Aznar Soler (1999) aporta referencias útiles para analizar cada uno de los aspectos señalados. También es de utilidad el estudio diacrónico de Consuelo Soldevilla Oria (2001) y muchos de los datos incluidos en las actas de un congreso internacional sobre el exilio republicano, editadas por Xosé L. Axeitos y Charo Portela Yáñez (1999).

²⁸ Una de las revistas más significativas del exilio gallego, *Vieiros*, publicada en México entre 1959 y 1968, incorpora una nómina muy relevante de destacados galleguistas que envían sus trabajos desde Galicia. Para un repertorio más amplio de cada uno de los sectores aquí identificados ver Alonso Montero (1995).

²⁹ No es producto del azar que varios de los libros y colecciones que reaparecen en el exilio estén dedicados a ensalzar algunas de las figuras del galleguismo histórico que son presentados por los exiliados como “precursores” de su propia resistencia.

³⁰ Esta proyección puede estar en el origen de las acusaciones que con frecuencia se les hizo a los exiliados de desconocer lo que estaba sucediendo en la Galicia-del-interior, cuando en realidad no era sino la articulación discursiva de una “nación imaginada” al servicio de una muy concreta actuación política, social y cultural.

³¹ Por las calles de algunas de las ciudades gallegas fueron encontrados, durante el conflicto civil, los cuerpos de algunas de las personalidades más sobresalientes del mundo de la cultura en aquella época: el editor A. Casal, el líder galleguista A. Bóveda o el pintor Díaz Balaño, entre otras muchas víctimas de la represión militar.

³² Son especialmente relevantes revistas como *Galicia Emigrante* (1954-1959) y *Vieiros* (1959-1968).

³³ Los altos y bajos de este diálogo constituyen, sin duda, uno de los capítulos más atrayentes para el historiador del exilio, pero también para el

estudioso de la evolución del galleguismo de la metrópoli, porque reflejan, entre otros aspectos, las tensiones entre el imaginario nacional articulado por el exilio y el que proponía la intelectualidad de la Galicia del interior. Es necesario puntualizar, sin embargo, que en ninguno de los dos casos se puede hablar de bloques ideológicamente homogéneos y que, sobre todo en el galleguismo del exilio, se detecta una gama bastante amplia de posiciones.

³⁴ Esta composición, datada en julio de 1968, y dedicada a Alonso Montero, sería incluida en el poemario *Terra de ningures* (1969).

Obras citadas

Alonso Montero, Xesús. *Lingua e literatura galegas na Galicia emigrante*. Santiago de Compostela: Xunta de Galicia, 1995.

Axeitos, Xosé L. y Charo Portela Yáñez, eds. *Sesenta anos despois. Os escritores do exilio republicano. Actas do congreso internacional celebrado na Universidade de Santiago de Compostela, 16, 17 e 18 de marzo de 1999*. Sada, A. Coruña: Edicións do Castro, 1999.

Aznar Soler, Manuel. “Bibliografía selecta sobre las literaturas del exilio republicano español de 1939 (En orden cronológico).” *Insula* 627 (1999): 14-15.

Edwards, Jorge. “In Praise of Exile.” *Literature in Exile*. Ed. John Glad. Durham y Londres: Duke UP, 1990. 69-71.

Fairclough, Norman. *Discourse and Social Change*. Cambridge: Polity Press, 1992.

Glad, John, ed. *Literature in Exile*. Durham y Londres: Duke UP, 1990.

González Fernández, Helena. *Luis Seoane: vida e obra*. Vigo: Galaxia, 1994.

González-Millán, Xoán. “O criterio filolóxico e a configuración dunha literatura nacional: achegas a un novo marco de reflexión.” *Cadernos da Lingua. Real Academia Galega* 17 (1998): 5-24.

———. *Resistencia cultural e diferenza histórica. A experiencia da subalternidade*. Santiago de Compostela: Sotelo Blanco, 2000.

Juana, Juan de y M. A. Fernández. “Población y emigración en la Galicia contemporánea.” *V*

- Xornadas de Historia de Galicia*. Ourense: Deputación de Ourense, 1990: 11-68.
- Maceira Fernández, Xosé M. *A literatura galega no exilio. Consciencia e continuidade cultural*. Vigo: Edicións do Cumio, 1995.
- Martínez López, Ramón. "Literatura gallega en el exilio." *El exilio español de 1939*. Coord. José Luis Abellán. Tomo 4. Madrid: Taurus, 1978. 287-323.
- Núñez Seixas, Xosé M. "Idioma y nacionalismo en Galicia en el siglo XX: Un desencuentro histórico y diversos dilemas en el futuro." *Revista de Antropología Social* 6 (1997): 165-91.
- . *O galeguismo en América, 1879-1936*. Sada, A. Coruña: Edicións do Castro, 1992.
- Oelmüller, Willi. "Problemas del proceso moderno de la libertad y de la ilustración." *Ilustración y teoría teológica. La Iglesia en la encrucijada de las libertades modernas*. Salamanca: Ediciones Sígueme, 1973. 79-123.
- Riera Llorca, Vicenç y Albert Manent. "Literatura catalana en el exilio." *El exilio español de 1939*. Coord. José Luis Abellán. Tomo 4. Madrid: Taurus, 1978. 157-215.
- Scott, Joan W. "The Evidence of Experience." *The Historic Turn in the Human Sciences*. Ed. Terry McDonald. Ann Arbor: The U of Michigan P, 1996. 379-406.
- Seoane, Luis. "El exiliado y el perro." *Galicia Emigrante* 28 (1957): [0].
- Sixirei Paredes, Carlos. *Galeguidade e cultura no exterior*. Santiago de Compostela: Xunta de Galicia, 1995.
- Soldevilla Oria, Consuelo. *El exilio español (1808-1975)*. Madrid: Arco/Libros, 2001.
- Thompson, E. P. *The Making of the English Working Class*. Nueva York: Vintage Books, 1966.
- . *The Poverty of Theory: Or an Orrery of Errors*. Londres: Merlin Press, 1978.
- Ugalde, Martín de. "El exilio en la literatura vasca: problemas y consecuencias." *El exilio español de 1939*. Coord. José Luis Abellán. Tomo 4. Madrid: Taurus, 1978. 217-83.
- Vilas Nogueira, Xosé. *O estatuto galego*. A Coruña: Edicións do Rueiro, 1975.
- Williams, Raymond. *Keywords*. Nueva York: Oxford UP, 1983.

